

El pesimismo antropológico de Peter Sloterdijk en *Normas para el parque humano*

Francisco Martorell Campos
Universidad de Valencia

Introducción

Es mi intención explicitar y controvertir algunos de los postulados antropológicos congregados en *Normas para el parque humano*, conferencia de Peter Sloterdijk —diseñada a modo de comentario a la *Carta sobre el humanismo* de Heidegger— que caldeó al máximo los ánimos de ciertos círculos de la intelectualidad alemana desde el momento mismo en que fue leída (julio de 1999). La sugerencia, abiertamente neo-eugenésica, de pacificar al hombre mediante la ingeniería genética, más la jerga pastoril platónica-nietzscheana (de infaustas resonancias en el lugar) empleada a lo largo del texto irritó a habermasianos y bioéticos, no menos puritanos en lo tocante a la biotecnología y a la posibilidad de modificar tecnológicamente el organismo humano que Fukuyama y el Vaticano.¹ Vaya por delante que un servidor también encuentra motivos de peso para disentir de Sloterdijk. Ahora bien, a mi juicio lo realmente inquietante de *Normas para el parque humano* no es la defensa de la mejora tecnológica del hombre, sino la imagen de éste y sus inclinaciones que la orientan y la justifican. De producción exquisita y fascinante, nuestro autor se muestra en esta pequeña obra alegremente relajado en la parcela antropológica, asumiendo como dogmas aserciones acerca de lo humano enormemente problemáticas cuyas conexiones con los ámbitos de la filosofía política y la filosofía de la tecnología también obtendrán la debida atención (inevitablemente escueta) en las páginas que siguen.

Míster Hyde y la autoridad benefactora

Vayamos por pasos. ¿En qué tradición podemos ubicar la antropología filosófica vertida en *Normas para el parque humano*? A *grosso modo* en el pesimismo antropológico, escuela de dilatada trayectoria gravitada alrededor de dos hipótesis que, si bien pueden sostenerse por separado al pertenecer a ámbitos distintos (el biológico y el político respectivamente), se encuentran a menudo asociadas conforme las directrices establecidas canónicamente por Hobbes en los capítulos 13 y 17 del *Leviatán*:²

i) *Hipótesis Míster Hyde*: En los adentros más recónditos del hombre moderno acecha una bestia sanguinaria y egoísta que, perpetuándose desde los albores de nuestra especie a través de un conglomerado de

¹ Sobre la discusión generada en torno a la citada problemática (y sobre el lugar de Sloterdijk en la misma: no ajena a lo que voy a comentar aquí) me permito remitir al lector a mi ensayo; “Meditaciones sobre el humanismo a propósito del transhumanismo”, en *Actes XIX Congrés Valencià de Filosofia*, València, Universitat de València, 2012, pp. 369-380. Por otra parte, la posición crítica de Habermas ante la conferencia de Sloterdijk se articula, como es de dominio público, en: *El futuro de la naturaleza humana. ¿Hacia una eugenesia liberal?*, Barcelona, Paidós, 2002.

² T. Hobbes, *Leviatán* (I), Madrid, Alianza, 1992, pp. 105-109, 141-145.

instintos y pulsiones, nunca ha dejado de operar.³ Este postulado, por lo común innatista o cuasi innatista, pilar de un discurso que se retrotrae a la doctrina del pecado original, brinda una explicación simple (por no decir simplista) de las atrocidades que suelen cometer los seres humanos contra otros seres humanos. Su arraigo en el imaginario popular es enorme. Cuantiosos biólogos, sociólogos, criminólogos, novelistas, cineastas y psiquiatras de renombre se han consagrado, de hecho, a la labor de popularizarla tiempo ha, erigiéndose en altavoces del atavismo y de la representación del hombre como depredador nato. Su formulación más compleja y sistematizada (y sin duda respetable) se la debemos a Freud. Sirvan un par de extractos de “Consideraciones sobre la guerra y la muerte” para ilustrarla; “descendemos de una larguísima serie de generaciones de asesinos, que llevaban el placer de matar, como quizá aún nosotros, en la masa de la sangre”;⁴ “juzgados por nuestros impulsos instintivos, somos, como los hombres primitivos, una horda de asesinos”.⁵

ii) *Hipótesis de la autoridad benefactora*: La civilización brota y se desarrolla gracias a la represión estatal de la bestia oculta en nosotros. Si por alguna eventualidad dicha represión cesase (como ha sucedido provisionalmente en varias ocasiones a causa, pongamos por caso, de desastres naturales o apagones eléctricos prolongados), el tejido social sucumbiría a manos de la brutalidad, desencadenándose la guerra de todos contra todos (crímenes, saqueos, violaciones, palizas, destrucción de bienes...).⁶ Este postulado, por lo común conservador o cuasi conservador, pilar de un discurso que se retrotrae a *La ciudad de Dios* de San Agustín, tiene por objeto brindar una legitimación categórica del poder. Demos gracias al soberano, exhorta el afín, puesto que sin su amparo acabaríamos despedazándonos mutuamente. Kant fue muy claro al respecto; “el hombre es un *animal* que, cuando vive entre sus congéneres, *necesita de un señor*. Porque no cabe duda que abusa de su libertad con respecto a sus iguales y aunque, como criatura racional, desea enseguida una ley que ponga límites a la libertad de todos, su egoísta inclinación animal le conduce seductoramente allí donde tiene que renunciar a sí mismo”.⁷

La crisis del humanismo o Mister Hyde desatado

³ Existe una modalidad restringida de la hipótesis Mister Hyde, típica del siglo XIX pero nunca neutralizada del todo, según la cual la “bestia sanguinaria” (o la “mala semilla”) no anida en la humanidad en general, sino en individuos o grupos muy específicos. Se trata de un enfoque que fue históricamente utilizado para apoyar los excesos del *statu quo* contra las minorías y explicar (a golpe de teorías de la herencia y pseudodarwinismos varios) fenómenos tan dispares como la criminalidad, la locura, el alcoholismo y los movimientos de masas en base a estudios presuntamente científicos (acometidos por la criminología lombrosiana, la sociología de Le Bon...). Los libros citados en la nota 25 y 27 ofrecen estudios críticos muy sólidos contra la hipótesis Mister Hyde en sus diversas modalidades.

⁴ S. Freud, *El malestar en la cultura*, Madrid, Alianza, 2003, p. 124. Spengler ocupa una posición disonante dentro del paradigma Mister Hyde. En un pasaje muy conocido, sostiene que la táctica del hombre “es la de un animal de rapiña, magnífico, valiente, astuto, cruel. Vive atacando, matando y aniquilando”. En contra de lo habitual, Spengler no anhela la represión del animal de rapiña en pos de la civilización, sino todo lo contrario; que algún día se libere del presidio fáustico donde el burgués demócrata-científicista le recluyó para así inspirar la forja de una *Kultur* heroica. Véase; O. Spengler, *El hombre y la técnica*, Buenos Aires, Espasa-Calpe, 1947, p. 27 i ss.

⁵ S. Freud, *El malestar en la cultura*, p. 126.

⁶ Semejante estampa, convenientemente amplificada, estructura las novelas y películas de ciencia ficción postapocalíptica, recreaciones de un estado de naturaleza hobbesiano (recursos escasos, ausencia de moral y ley, supervivencia del más fuerte, miedo, inseguridad y violencia por doquier...) ubicado después, y no antes, de la civilización. Pese a la discrepancia cronológica, la función de tales productos culturales continúa, a grandes rasgos y salvo contadas excepciones, siendo la misma que se indica en el cuerpo del texto; legitimar la autoridad ondeando la carnicería que (hipotéticamente) se desataría sin ella.

⁷ I. Kant, *Filosofía de la historia*, Madrid, FCE, 1992, p. 50.

Mi opinión es que Sloterdijk edifica *Normas para el parque humano* sobre las dos hipótesis que acabo de referir. Su punto de partida es bien conocido. El humanismo, asegura, “supone el compromiso de rescatar a los hombres de la barbarie”,⁸ juicio que nos conduce a este otro; “el tema latente del humanismo es... la domesticación del hombre; su tesis latente: una lectura adecuada amansa”.⁹ Sloterdijk comparte con el humanismo (con el humanismo así caracterizado) la suposición de que el hombre debe ser rescatado de la barbarie y domesticado en pos de la estabilidad social. Su desacuerdo concierne al último punto, a la tesis de que “una lectura adecuada amansa”. Veamos; cada época, declara Sloterdijk, ha tenido que ingeniar sus particulares *antropotécnicas*, esto es, sus procedimientos para hacer de bestias hombres, habitantes del parque humano.¹⁰ Pues bien, la antropotécnica idiosincrásica de la modernidad ha sido, puntualiza, el humanismo, movimiento pedagógico que tiene por cimientos la alfabetización, la escuela y el libro. Lejos de liberar a nadie, el humanismo coincide, descifrado desde este prisma, con la pura coerción. Coerción, empero, encubierta tras grandes lemas redentores. E irremediable, ejercida con la voluntad de sedar a nuestra bestia latente a golpe, esta vez, de lectura.¹¹ Lectura (y escritura) en la educación obligatoria, previamente seleccionada y posteriormente seleccionadora, cultivada sentado y en silencio, como mandan los preceptos altamente disciplinarios del aula.¹² Lectura, a la par, en las bibliotecas locales, para todas las edades y condiciones, merced los periódicos, revistas y ediciones baratas de clásicos de la literatura. Textos, finalmente, escritos en un idioma concreto, al servicio, por añadidura, del “espíritu nacional” y de la cohesión social.¹³

Como puede comprobarse, la novedad más destacable que ostenta Sloterdijk respecto a los planteamientos de pareja filiación radica en la resolución de atribuir el amansamiento de Mister Hyde al humanismo, exégesis que le lleva a emprender una redescrición muy sugerente del susodicho. Mas el punto álgido de su conferencia arranca para nuestros intereses con el anuncio de que el momento de esplendor de los humanismos nacionales/tipográficos empezó a marchitarse sin remisión en 1945, fecha que marca la irrupción de la era telemática, vertebrada alrededor de las tecnologías de la información y de la comunicación. Sloterdijk, coincidente con McLuhan y los comunicólogos afines, escribe: “Con el establecimiento mediático de la cultura de masas en el Primer Mundo a partir de 1918 (radio) y de 1945 (televisión) y, más aún, con las últimas revoluciones de las redes informáticas, en las sociedades actuales la coexistencia humana se ha instaurado sobre fundamentos nuevos. Estos son post-literarios... y en consecuencia post-humanísticos”.¹⁴

Sloterdijk infiere del escenario mentado algo trascendental para la materia que nos ocupa. Nos hemos quedado sin antropotécnica con la que ablandar a Mister Hyde. La lectura ya no amansa al monstruo. Las aptitudes

⁸ P. Sloterdijk, *Normas para el parque humano*, Madrid, Siruela, 2000, p. 31.

⁹ *Ibid.*, p. 32.

¹⁰ *Ibid.*, pp. 75-76.

¹¹ En las antípodas de esta caracterización del libro y de la lectura se erige la clásica distopía de Ray Bradbury, *Fahrenheit 451*, obra donde el acto de leer libros (sobre todo libros de historia, filosofía, literatura y poesía) se eleva a la categoría de acción subversiva y emancipadora en una civilización dominada por la imagen. La mayoría de distopías ruralistas (ludditas, románticas), por no decir todas, comparten tamaño parecer desde siempre, inclusive las escritas a día de hoy.

¹² P. Sloterdijk, *Normas para el parque humano*, p. 63.

¹³ *Ibid.*, p. 25.

¹⁴ *Ibid.*, p. 28.

coercitivas del libro han perdido toda efectividad en el multiverso audiovisual. Fruto de ello, “la ola de desenfreno sin igual”¹⁵ que padecen las escuelas en particular (antiguas sedes centrales del arte de *amaestrar*) y la sociedad contemporánea en general. Situación, pues, ante la que urge “formular un código de antropotécnicas”¹⁶ capaz de alumbrar cuanto antes nuevos procedimientos de doma, no vaya a ser que el parque humano termine saltando por los aires. Visto lo visto, el interrogante fundamental del presente no puede ser otro; “¿Qué amansará al ser humano, si fracasa el humanismo como escuela de domesticación del hombre?”¹⁷ Sloterdijk responde encadenando otra serie de incógnitas. El pasaje donde las enumera sirvió de acicate para la santa cruzada orquestada en su contra:

Cuestiones como si el desarrollo a largo plazo también conducen a una reforma genética de las propiedades del género; si se abre paso a una futura antropotécnica orientada a la planificación explícita de las características; o si se podrá realizar y extender por todo el género humano el paso del fatalismo natal al nacimiento opcional y a la selección prenatal; son preguntas en las que el horizonte evolutivo, si bien aún nebuloso y nada seguro, comienza a despejarse ante nosotros.¹⁸

La biotecnología contra Míster Hyde (a vueltas con la maldad innata)

Apenas diez meses después de leer este párrafo, Sloterdijk pronunció otra polémica conferencia; *El hombre auto-operable. (Sobre las posiciones filosóficas de la tecnología genética actual)*,¹⁹ trabajo donde pasa de preguntarse (retóricamente) acerca de la conveniencia de embarcarse en la “reforma genética”, la “selección prenatal” y la “planificación explícita de las características”, a defender a cara descubierta la virtual revisión genético-técnica del hombre. Examinada a los pies de *El hombre auto-operable*, la insinuación de *Normas para el parque humano* deja de ser tal y desemboca, ya sin vaguedades, hacia una conclusión; la biotecnología debe reemplazar al periclitado humanismo. Sólo la ingeniería genética podrá adiestrar, tal vez aniquilar, a Míster Hyde en los estadios venideros.

Nos enfrentamos, huelga indicarlo, con consecuencias antropológicas de peso. Para empezar, ¿no certifica la tesis de Sloterdijk que su concepción de la violencia, del egoísmo, etcétera puede etiquetarse de innatista? El autor glosa (sin citarlo) en varios pasajes a Gehlen,²⁰ y alude a la apertura biológica de la especie humana, huérfana, habida cuenta de su carencialidad, de naturaleza prefijada. Al mismo tiempo, preconiza la ambivalencia moral de los hombres, resultado, dice, de la lucha sempiterna (hoy en fase aguda) abierta entre los “dos grandes poderes formativos”, las “influencias inhibitoras y desinhibidoras”.²¹ Es como si Sloterdijk estuviera apuntando que el

¹⁵ Ibid, p. 72.

¹⁶ Ibid, p. 71.

¹⁷ Ibid, p. 52.

¹⁸ Ibid, pp. 72-73.

¹⁹ P. Sloterdijk, “El hombre auto-operable. Sobre las posiciones filosóficas de la tecnología genética actual”, *Sileno*, n° 11, Madrid, diciembre, 2001. En la red se puede acceder a una traducción diferente de la conferencia (que empieza por la omisión del “auto” de la versión de Silenio) en:

http://www.revista-artefacto.com.ar/pdf_notas/91.pdf.

²⁰ P. Sloterdijk, *Normas para el parque humano*, pp. 55-56.

²¹ Ibid, p. 32.

hombre empieza por ser nada y que son mecanismos sociales muy específicos (los “poderes formativos”) los que le inculcan simultáneamente la sed de amistad/simpatía y la sed de violencia/destrucción. Pero no es así, entre otras cosas porque tal (lo anota él mismo) es precisamente el credo del humanismo, *ergo* del *corpus* que rechaza.²² Y no es así por un detalle todavía más concluyente; si Sloterdijk concibiera a Míster Hyde a la manera culturalista (como un “constructo social”, digamos) no recomendaría el uso de la ingeniería genética para domesticarlo, sino, sería lo lógico, la erradicación, mediante las reformas político-sociales oportunas, de las influencias ambientales embrutecedoras (o impartiendo educación en valores al desnortado alumnado de colegios e institutos, como pregonan sus adversarios más recalcitrantes).

En efecto, la apuesta de Sloterdijk en favor del tecno-amansamiento delata un tratamiento de la violencia que la discierne como una predisposición poco menos que intrínseca del ser humano, dependiente, al menos en última instancia, de lo biológico. De ahí que interprete “la ola de desenfreno sin igual” que según él nos asedia en términos de “retornos al estado salvaje”,²³ lugar, me permito extrapolar, donde las antropotécnicas no ejercían y la bestia se exhibía en estado puro, ajena a los aditamentos humanizadores postreros. Félix Duque asevera, y creo que con razón, que “Sloterdijk se está limitando a establecer una distinción bastante trivial entre lo «bueno» («los medios domesticadores») y lo «malo» (la *Bestialität* innata)”.²⁴

Nótese, además, que al contar con la facultad de ser innata la violencia cristaliza en determinante de las demás inclinaciones, erigiéndose en auténtica maestra de ceremonias, por mucha ambivalencia moral que asegure contemplar el autor. Al final, la impresión resultante es que el juicio antropológico ahí vertido no difiere demasiado en líneas generales del desplegado por la etología popular de Robert Ardrey (*La evolución del hombre*) y Desmond Morris (*El mono desnudo*), paladines de la agresividad innata cuyas conclusiones, basadas en interpretaciones apriorísticas de restos fósiles y de la misma evolución muy rebatidas,²⁵ debieran considerarse ideológicas antes que científicas, sujetas, como están, a la legitimación del orden imperante (a la exaltación de la autoridad benefactora) a partir de una representación truculenta, interesadamente sesgada y reduccionista del pasado y de nuestra condición.²⁶ La comparativa podrá asemejar más o menos basta, pero lo cierto es que Sloterdijk reproduce escrupulosamente la táctica suprema de los etólogos de quiosco y del resto de valedores de la hipótesis Míster Hyde, a saber; convertir un problema fundamentalmente social y político (la violencia, en este caso) en un

²² *Ibid.*, pp. 32-33.

²³ *Ibid.*, p. 32.

²⁴ F. Duque, *En torno al humanismo. Heidegger, Gadamer, Sloterdijk*, Madrid, Tecnos, 2002, p. 124. La apuesta puede leerse también bajo el ángulo freudiano. Lo que está haciendo Sloterdijk es una especie de *revival* (bastante simplón) de la dialéctica entre pulsiones de vida y pulsiones de muerte tematizada por el vienés en *Más allá del principio del placer*, siendo así que las influencias desinhibidoras o embrutecedoras (valgan los ejemplos del propio Sloterdijk; el teatro romano de ayer, el cine *gore* de hoy) tendrían, en realidad, la función de sublimar (y no potenciar) la energía destructiva de las segundas.

²⁵ R. Lewontin/S. Rose/L. Kamin, *No está en los genes. Crítica del racismo biológico*, Barcelona, Crítica, 1996, p. 290 i ss; J. Sanmartín, *Los nuevos redentores. Reflexiones sobre la ingeniería genética, la sociobiología y el mundo feliz que nos prometen*, Barcelona, Ánthropos, 1992, pp. 97-113. A. Montagu, “El mito de la violencia innata”, *El país*, 14 agosto de 1983, pp. 8-9. S. J. Gould, *Desde Darwin. Reflexiones sobre Historia Natural*, Madrid, Blume, 1983, pp. 173-177.

²⁶ John Zerzan rebate esta imagen del pasado y de nuestros antecesores citando multitud de estudios arqueológicos, biológicos y antropológicos, no tan populares, eso sí, como los estudios de Ardrey, Morris, Lorenz o Dart, mejor adaptados a los gustos del consumidor. Véase; J. Zerzan, *Futuro primitivo*, Valencia, Numa, 2001, pp. 9-35. Hume fue pionero a la hora de combatir las teorías tremebundas sobre el ser humano, a las que acusó (la reprimenda iba dirigida contra el monismo reduccionista hobbesiano) de moldear una imagen simplista del hombre a cuenta de “una mísera opinión de nuestra naturaleza”. D. Hume, *Disertación sobre las pasiones y otros ensayos morales*, Barcelona, Ánthropos, 1990, p. 157.

problema biológico. Exculpar, en suma, al régimen vigente de los males que acoge y atribuir el origen de éstos a la ciega naturaleza (a los genes, al cerebro...).²⁷

Contrastando la visión de la violencia que mantiene Sloterdijk con la que mantiene Žizek certificaremos las contraindicaciones de la primera a la luz de la táctica citada. Conforme al filósofo esloveno, cabe distinguir entre dos tipos de violencia; la *violencia subjetiva*, visible en forma de estallidos irracionales, “perpetrada por agentes sociales, individuos hostiles, aparatos represivos disciplinados, multitudes fanáticas”,²⁸ y la *violencia objetiva*, imperceptible, anónima, “base del mismo nivel cero estándar sobre el cual percibimos la acción de un sujeto como violenta”.²⁹ Dentro de la violencia objetiva descansan, a su vez, la *violencia simbólica* (sita en el lenguaje, expresada en la imposición de un universo de sentido) y la *violencia sistémica*, agrupación de “las formas más sutiles de coerción que se encuentran en la base de las relaciones de dominio y explotación”.³⁰ La tipología de Žizek, aquí obligatoriamente caricaturizada, nos sirve para recordar que la violencia subjetiva resulta un mero subproducto de la violencia auténticamente determinante, la que anida en las entrañas del capitalismo tardío. El hecho de que Sloterdijk no repare (o no quiera reparar) en ella (en la violencia sistémica), además de lapsus colaboracionista, obedece a la lógica interna de su razonamiento. Sólo omitiéndola puede reducir la violencia a su vertiente subjetiva y encomendar para su control la visita al laboratorio.

Tecnología y política (a vueltas con el determinismo tecnológico)

Ahondemos en la maniobra intelectual implicada en el patrocinio de dicha visita. La despolitización de la violencia manufacturada por Sloterdijk al hilo de la hipótesis Mister Hyde corre paralela a una despolitización mayor que incumbe a la representación de la propia autoridad. Aunque la maniobra, no hay ninguna duda, es política en grado sumo (ideológica sería quizás una forma mejor de nominarla), pienso que puede catalogarse de despolitizadora, o si se desea de postpolítica, en la medida en que pretende supeditar de alguna manera el ejercicio político al conocimiento científico. El proyecto al que me estoy refiriendo, muy concurrido en la historia cultural reciente, se asienta en la certeza de que existe una ciencia que ha descubierto o está en vías de descubrir las claves de la condición humana, siendo así que el logro tantas veces frustrado de la armonía social podría recibir un gran espaldarazo si se aislase de las recetas ideológicas habituales y se sometiese a las directrices neutras marcadas por aquella. Cuantiosas han sido las candidatas a desempeñar tamaño estatuto (platónico), de la frenología de Gall a la física social de Comte, de la psicología de Skinner a la sociobiología de Wilson. Poco importa que Sloterdijk pregone que ésa ciencia es la genética (hoy, doce años más tarde, muchos pregonan que es la neurología). La convicción que le impulsa es, a fin de cuentas, común a la de sus predecesores, por muy *cool* que sean o parezcan sus formas; que ningún régimen político-económico podrá salvarnos de la violencia al margen del conocimiento científico adquirido sobre ella.

²⁷ Junto a las obras citadas en la nota 25, resulta especialmente recomendable para adentrarse en este tema; S. Chorover, *Del Génesis al genocidio. La sociobiología en cuestión*, Madrid, Blume, 1982.

²⁸ S. Žizek, *Violència*, Barcelona, Empúries, 2009, p. 12.

²⁹ *Ibid.*, p. 2.

³⁰ *Ibid.*, p. 11.

La visión de la tecnología con la que Sloterdijk arroja el desarrollo de sus argumentos en esta parcela es ciertamente idílica. Mientras que en antropología se muestra pesimista en el sentido que he ido describiendo, en lo concerniente a los desarrollos recientes de la tecnología su optimismo roza la credulidad. Supongamos, lo que es mucho suponer, que la violencia fuera innata (pesimismo) y pudiera (optimismo) mitigarse en el laboratorio sin producir tarados mentales o aberraciones vivientes. Los interrogantes a plantear son obvios; ¿quién tendría el beneplácito para domesticar y quién tendría que resignarse a ser domesticado? ¿Quién elegiría a cada cual? O más espinoso todavía; ¿qué tipo de sociedad resultaría en verdad de la domesticación generalizada del hombre?³¹ Preguntas parejas sirven, igualmente, para enfrentar la potencial creación de otros seres humanos; ¿Quién clonaría y quién sería clonado? ¿Con qué finalidad e intereses? Supongamos, ya puestos, que algún día el nivel de desarrollo técnico referente a la intervención sobre el cuerpo natural sea tan avanzado como para permitir que el hombre pueda cambiarse y perfeccionarse a sí mismo a libre voluntad. Las cuestiones son inevitables; ¿quién tendrá acceso a las infraestructuras para “auto-operarse” y gozar de las supuestas ventajas físicas y cognitivas? ¿Todos o unos pocos? ¿En virtud de qué significado de “perfección” y “mejora”?

A Sloterdijk no le preocupa la coyuntura de las relaciones de poder en estos términos. Y no le preocupa, me remito de nuevo a *El hombre auto-operable*, porque cree (emulando el optimismo tecnológico de *La condición postmoderna* de Lyotard y *La sociedad transparente* de Vattimo) que la ingeniería genética, la cibernética y la informática (las *homeotecnologías*, según las llama) encarnan una operatividad distinta a la atribuida certeramente por Heidegger a la técnica de su tiempo (con la bomba atómica como símbolo). Una operatividad, concretemos, posthumanista, o lo que es lo mismo; no-dominante, dialógica y cooperante donde sujeto y objeto coinciden en pie de igualdad a la vera del principio de información y el ocaso de la dicotomía naturaleza-cultura, justo lo opuesto de lo que acontecía en la era humanista con la operatividad totalitaria encarnada por las técnicas mecánicas (las *alotecnologías*), donde el sujeto-amo esclavizaba (para desazón de Heidegger, frankfurtianos y tantos otros) al objeto-esclavo mientras convertía el mundo en un inmenso almacén de recursos.

Aunque la distinción no carezca de interés, salta a la vista que depende de una cuantía elevada de supuestos que están en el aire.³² El augurio según el cual llegado el instante de clonar (o de erradicar tecnológicamente a Míster Hyde) todo será cooperante, simétrico y voluntario entre el *criador* y el *creado* (o entre el domesticador y el domesticado, o entre el perfeccionador y el perfeccionado) sólo se sostiene si abrazamos, como hace Sloterdijk, el determinismo tecnológico y presuponemos que dadas unas técnicas no totalitarias tendremos automáticamente unas relaciones democráticas. Pero nadie puede asegurar que las cosas funcionen así. Ni que la homeotecnología sea *per se* antitotalitaria ni que, en el supuesto de que lo fuera, tuviera la capacidad de contagiar al resto de esferas sus valores. De hecho, no hace falta comulgar con ningún determinismo económico para invertir las tornas y sospechar que, articulada dentro del sistema económico vigente, la “auto-operación” tecnológica del

³¹ Cuestiones tales sí son examinadas en *Limbo*, novela de ciencia ficción escrita por Bernard Wolfe en 1951 que retrata con intenciones críticas una civilización futura donde la cibernética ha eliminado la violencia innata del hombre. Invito a leer *Normas para el parque humano* desde *Limbo* y viceversa. E invito de nuevo a leer el ensayo referido en la nota 1 de este artículo, donde la obra de Wolfe sirve de hilo conductor a temáticas colindantes con las aquí estudiadas.

³² F. Duque, *En torno al humanismo*, pp. 159-160, 172-174.

hombre convergerá (en el caso hipotético de concretarse) en la formación de una distopía en toda regla.³³ Lo que resulta incuestionable es que, sometida a la lógica de la mercantilización, el contenido emancipador que pudiera existir en la eventual intervención biotecnológica en el organismo humano mutará en su contrario. La “autooperación” contribuirá, de no implementarse en un entorno social justo, equitativo y próspero para todos, a incrementar todavía más el poder de los grupos dominantes y la indigencia del resto, según han alertado autores de distintas escuelas a lo largo de los últimos cien años, desde Russell (durante su polémica con el marxista John Haldane)³⁴ a Zizek (durante su polémica con el liberal Fukuyama).³⁵

Conclusiones

En *Normas para el parque humano*, Sloterdijk parece insinuar que la raíz de nuestros problemas sociales radica, permítaseme simplificar, en los genes. A partir de este principio (heredero de lo que he dado en llamar hipótesis Mister Hyde) y después de demostrar la ineficacia de los viejos remedios, invita al lector a sopesar la solución biotecnológica. Sloterdijk no se expresa nunca de esta manera tan literal, cierto, pero se colige razonablemente de sus afirmaciones que el ser humano debe dejarse de correcciones sociales (externas, puramente transitorias, obsoletas en un período determinado de tiempo, caso del humanismo) e incursionar en la sede misma del mal, es decir, en los fondos atávicos de su propio organismo natural, con el firme propósito de modificar desde dentro lo que haya que modificar. Ni que decir tiene que pese al pesimismo antropológico de partida el corolario es de suyo optimista, habida cuenta de la fe en la perfectibilidad del hombre que cataliza la diagnosis sloterdijkiana.

Es justo reconocer la valentía de Sloterdijk a la hora de teorizar los desafíos abiertos por las tecnologías emergentes al margen del acostumbrado histerismo filosófico. Su desafío a la fatalidad biológica y su combate contra la ontología metafísica resultan aprovechables en múltiples aspectos. Lamentablemente, su discurso descansa sobre una antropología filosófica muy a menudo inseparable de la salvaguarda de lo dado y la deslegitimación de los proyectos políticos emancipatorios. Para el Sloterdijk de *Normas para el parque humano* y *El hombre autooperable*, la emancipación humana se ejecuta respecto a la naturaleza, no respecto al sistema económico dominante. Mejorar al hombre pasa por cambiar ciertas reacciones bioquímicas, no las instituciones de su entorno social. Nada extraño, tratándose de alguien que, revolucionario en lo biológico y conservador en casi todo el resto, piensa sin

³³ La ciencia ficción de las dos últimas décadas ha descrito decenas de escenarios donde la modificación/mejora tecnológica del ser humano apuntala modelos político-sociales repugnantes. Puesto a elegir entre tan amplia bibliografía (a la que se podría confrontar una bibliografía igual de voluminosa que vuelve indisociables la mejora tecnológica del hombre con la mejora política de la sociedad), recomiendo; J. Haldeman, *Compradores de tiempo*, Barcelona, Ediciones B, 1995; M. Atwood, *Oryx y Crake*, Barcelona, Ediciones B, 2005; N. Kress, *Mendigos en España*, Barcelona, ediciones B, 2006.

³⁴ J. Haldane & B. Russell, *Dédalo e Ícaro: El futuro de la ciencia*, Oviedo, KRK, 2005, pp. 91 y ss.

³⁵ S. Zizek, *Órganos sin cuerpo. Sobre Deleuze y consecuencias*, Valencia, Pre-Textos, 2006, pp. 156 y ss. El libro de Fukuyama al que Zizek interroga es *El fin del hombre. Consecuencias de la revolución biotecnológica*, Barcelona, Ediciones B, 2003. Al igual que Sloterdijk, Fukuyama es innatista, pero asigna a la naturaleza humana intrínseca valores diferentes (lo que no le salva de nadar en aguas igual de turbias que el alemán). Ello le lleva a ondear un posicionamiento ante la biotecnología opuesto. A su juicio, el código genético conforma la base material del capitalismo y la democracia liberal. Por eso le aterra cualquier aplicación de la ingeniería genética que vulnere el marco terapéutico del humanismo; por que podría, de ser ciertas sus suposiciones (que la libertad, el afán de iniciativa y demás son rasgos innatos), dinamitar las condiciones de posibilidad del modo de vida occidental. Quien antaño recomendaba (así hemos terminado) la no regulación estatal de la economía de mercado recomienda ahora la regulación estatal estricta de las biotecnologías.

pizca de rubor que “los libres mercados no sucumben al capricho de los amos”.³⁶

Bibliografía

- Atwood, M. (2005), *Oryx y Crake*, Barcelona, Ediciones B.
- Chorover, S. (1982), *Del Génesis al genocidio. La sociobiología en cuestión*, Madrid, Blume.
- Duque, F. (2002), *En torno al humanismo. Heidegger, Gadamer, Sloterdijk*, Madrid, Tecnos.
- Freud, S. (2003), *El malestar en la cultura*, Madrid, Alianza.
- Fukuyama, F. (2003), *El fin del hombre. Consecuencias de la revolución biotecnológica*, Barcelona, Ediciones B.
- Gould, S. (1983), *Desde Darwin. Reflexiones sobre Historia Natural*, Madrid, Blume.
- Habermas, J. (2002), *El futuro de la naturaleza humana. ¿Hacia una eugenesia liberal?*, Barcelona, Paidós.
- Haldane, J. & Russell, B. (2005), *Dédalo e Ícaro: El futuro de la ciencia*, Oviedo, KRK.
- Haldeman, J. (1995), *Compradores de tiempo*, Barcelona, Ediciones B.
- Hobbes, T. (1992), *Leviatán (I)*, Madrid, Alianza.
- Hume, D. (1990), *Disertación sobre las pasiones y otros ensayos morales*, Barcelona, Ánthropos.
- Kant, I. (1992), *Filosofía de la historia*, Madrid, FCE.
- Kress, N. (2006), *Mendigos en España*, Barcelona, ediciones B.
- Lewontin, R. & Rose, S. & Kamin, L. (1996), *No está en los genes. Crítica del racismo biológico*, Barcelona, Crítica.
- Martorell, F. (2012), “Meditaciones sobre el humanismo a propósito del transhumanismo”, en *Actes XIX Congrés Valencià de Filosofia*, València, Universitat de València, pp 369-380.
- Montagu, A. (1983), “El mito de la violencia innata”, *El país*, 14 agosto, pp. 8-9.
- Sanmartín, J. (1992), *Los nuevos redentores. Reflexiones sobre la ingeniería genética, la sociobiología y el mundo feliz que nos prometen*, Barcelona, Ánthropos.
- Sloterdijk, P. (2000), *Normas para el parque humano*, Madrid, Siruela.
- Sloterdijk, P. (2001), “El hombre auto-operable. Sobre las posiciones filosóficas de la tecnología genética actual”, *Sileno*, nº 11, Madrid. Disponible en otra versión (*El hombre operable*): http://www.revista-artefacto.com.ar/pdf_notas/91.pdf.
- Spengler, O. (1947), *El hombre y la técnica*, Buenos Aires, Espasa-Calpe.
- Zerzan, J. (2001), *Futuro primitivo*, Valencia, Numa.
- Zizek, S. (2006), *Órganos sin cuerpo. Sobre Deleuze y consecuencias*, Valencia, Pre-Textos.
- Zizek, S. (2009), *Violència*, Barcelona, Empúries.

³⁶ P. Sloterdijk, *El hombre operable*, http://www.revista-artefacto.com.ar/pdf_notas/91.pdf, p. 12.

